atreva á acometerle ni áun á acercarse á él, ántes bien le hostigan todos de lejos y en seguro con sus venablos y clamores, miéntras él, impávido, hace frente á todos lados rechinándole los dientes y rechazando las lanzadas con su duro lomo; no de otra suerte, sin atreverse nadie en la airada muchedumbre á acometer á Mecencio cuerpo á cuerpo y con la espada, le acosan todos de lejos con sus dardos y su estruendoso clamoreo. Acron, guerrero griego, había venido prófugo de los antiguos confines de Corito, renunciando á un proyectado himeneo; divisóle Mecencio revolviéndose en medio de los escuadrones con sus purpúreas plumas y su manto de grana, regalo de su prometida esposa, y cual hambriento leon, despues de rondar largo tiempo al rededor de las altas majadas, aguijado por rabiosa necesidad, si columbra por ventura una fugitiva cabra montés ó la cornamenta de arrogante ciervo, se alboroza, abre sus horribles fauces, eriza la crin, y arrojándose sobre su presa devora sus entrañas empapando en negra sangre la espantosa cabeza, así el altivo Mecencio se precipita en medio de los apiñados enemigos. A su empuje cae derribado el infeliz Acron, y bate con los piés, en las ansias de la muerte, aquella odiosa tierra y ensangrienta sus quebrantadas armas. En seguida sale Mecencio al encuentro de Orodes, que iba huyendo; le acomete, y despues de vencerle, apoyando sobre su cuerpo el pié y la lanza, dice:

»—Guerreros, mirad ahí tendido en tierra al pujante Orodes, parte muy principal en esta guerra.

»Prorumpen sus compañeros en jubilosas voces, miéntras que el moribundo Orodes deja oir estas amenazadoras palabras:

»—No te regocijarás largo tiempo ¡oh vencedor, quien quiera que seas! pues no ha de quedar mi muerte sin venganza; tambien á tí te aguarda suerte igual á la mia, y pronto yacerás sin vida en estos mismos campos.

»—Muere tú ahora, replicó Mecencio con irónica sonrisa, que ya verá el padre de los dioses y rey de los hombres lo que ha de ser de mí.

»Esto diciendo, sacóle del cuerpo la lanza, y los ojos de Orodes se cierran en eterna noche.

»Cedico mata á Alcatos, Sacrator á Hidaspes, Rapo á Partenio y al forzudo Orses; Mesapo á Clonio y á Ericetes de Licaonia. Agis de Licia cae vencido por Valero, que no desdice del gran valor de sus mayores; Sálio inmola á Tronio, y á Sálio Nealces, insigne en disparar dardos y mortíferas saetas.

»Llevaba Marte por igual entre ámbos bandos el llanto y el estrago; por igual sucumbían y se precipitaban vencedores y vencidos; pero ni éstos ni aquéllos huían.

»Los dioses, en tanto, congregados en el alcázar de Júpiter, se conduelen de la vana ira de unos y otros y de que estén reservados á los mortales tan grandes infortunios. De una parte Vénus, de la otra Juno, hija de Saturno, contemplan la batalla; la pálida Tisífone se embravece en medio de los escuadrones.

»Mecencio recorría impávido el campo blandiendo su enorme lanza, semejante al jigantesco Orion cuando abriéndose camino por en medio de los inmensos estanques de Nereo, sobresalen sus hombros por cima de las olas, ó cual añoso roble que hunde sus raíces en la tierra y esconde su copa entre las nubes: tal avanza Mecencio cubierto de sus brillantes armas. Eneas, que le andaba buscando por las dilatadas haces, se dispone á salirle al encuentro; al verle, detiénese Menencio y aguarda á pié firme á aquel esforzado enemigo. Con la vista mide el trecho á que puede alcanzar su lanza, y dice:

»—Asístanme ahora mi diestra, que es mi dios, y este dardo que estoy blandiendo. Si logro conquistar los despojos de ese forajido, hago voto de vestirte ¡oh Lauso! con los trofeos de Eneas.

»Y arroja la silbadora lanza, que repelida en su vuelo por el escudo de Eneas, va á lo lejos á clavarse entre las costillas del ilustre Antor, antiguo compañero de Hércules, que, venido de Argos, había trabado estrecha amistad con Evandro y establecídose en una ciudad de Italia. Cae el infeliz á impulso de un golpe destinado á otro, y alzando los ojos al cielo se acuerda al morir de su amada patria. Entónces el piadoso Eneas dispara á Mecencio un dardo, que atravesando las tres chapas de bronce, los forros de lino y las triples correas de piel de toro que guarnecen su cóncavo broquel, clávasele en la ingle, donde se embota su empuje. Alegre Eneas al ver correr la sangre de su temible adversario, desenvaina la espada y acosa lleno de ardor á su ya trémulo enemigo. Lauso lanzó al verlo hondo gemido, arrancado por el amor á su querido padre, y se le llenaron los ojos de lágrimas. No pasaré en silencio en esta ocasion ni tu nombre ¡oh mancebo digno de eterna memoria! ni el duro trance de tu muerte, ni tus heróicos hechos, para que sepan tu ínclita hazaña las futuras edades. Inválido ya, arrastrando el pié, doblado el cuerpo por la violencia del dolor, se retiraba Mecencio llevando clavada en el escudo la enemiga lanza, cuando se precipita el mozo entre uno y otro guerrero en el momento en que Eneas, alta la diestra, iba á descargar á Mecencio furioso tajo; páralo Lauso, y en tanto le aplauden sus compañeros con ruidoso clamoreo, pudo retirarse el padre protejido por la adarga de su hijo. Disparan aquéllos á Eneas numerosos dardos, pero él, ardiendo en ira, se mantiene firme, cubierto con su escudo, é increpa y amenaza á Lauso en estos términos:

»—¿Por qué corres así á la muerte y te atreves á más de lo que tus fuerzas alcanzan? ¡El amor filial te desvanece, incauto mozo!

»No por esto disminuye la arrogancia del hijo de Mecencio, y como sube cada vez de punto la cólera en el héroe y ya las Parcas han devanado los últimos estambres de la vida del mancebo, clávale Eneas en medio del pecho la tajante espada hasta la guarnicion, atravesándole el escudo, arma leve para tan alta empresa, y la loriga que su madre le había bordado con hilos de oro. Llenósele el pecho de sangre, y su espíritu, abandonando el cuerpo, voló triste á la region de los manes. Cuando el capitan troyano vió cubrirse el rostro del moribundo de espantosa palidez, exhaló un gemido de compasion profunda, y oprimido el pecho por la memoria de su hijo querido tendió la mano á Lauso, diciéndole:

»—Qué puede hacer por tí el piadoso Eneas, que sea digno ¡oh mancebo infeliz! de la gloria que has alcanzado y de tu noble condicion? Quédate con tus armas que tanto gozo te daban; yo haré que vayas á reunirte con los manes y las cenizas de tus padres, y si algo es esto para tí consuele tambien tu miserable muerte haber, sucumbido á manos del preclaro Eneas.

»Y llama y reconviene á los compañeros de Lauso que tardan en ir á recogerle, al tiempo que lo levanta del suelo, chorreándole sangre ¡horrible espectáculo! la trenzada cabellera.

»En esto Mecencio, sentado en la márgen del Tíber, lavaba su herida en las aguas del rio y daba descanso á su cuerpo, recostado en el tronco de un árbol; junto á él pende de una rama su férreo yelmo y yacen en el suelo sus celebradas armas. La flor de sus guerreros le rodea, y él, doliente, jadeante, sostiene con dificultad erguida la cabeza, y cáele suelta sobre el pecho la rizada barba. Á cada momento pregunta por Lauso y envía mensajeros para que se lo traigan y le lleven las órdenes de su acongojado padre. De pronto algunos caudillos, anegados en llanto, traen tendido sobre un pavés el cadáver de Lauso; de lejos oyó Mecencio los sollozos, y adivinando la horrible catástrofe, cúbrese de polvo la cana cabellera, hasta que, precipitándose sobre el ensangrentado cuerpo, exclama:

»—¿Es posible, hijo mio, que haya sido en mí el amor de la vida poderoso hasta el punto de consentir que tú, á quien yo engendré, cayeses por mi causa á los golpes de diestra enemiga? ¡Por esas heridas tuyas me he salvado yo, tu padre, y por tu muerte vivo! ¡Ay mísero de mí! ahora sí que lamento mi destierro, ahora sí que es profunda mi herida. Con mis crímenes mancillé tu nombre, hijo querido, yo, arrojado por el odio de los mios del solio y del imperio de mis mayores. Mi muerte había de ser rescate de mi culpable vida, y sin embargo, vivo todavía y aún ilumina mis ojos la claridad del dia. Pero no será por mucho tiempo.

»Y, al decir esto se incorpora sobre su destrozado muslo, y aunque el dolor de la herida le entorpece y retarda, logra sostenerse en pié y manda que le traigan su caballo, arrogante y fiel animal en que cifraba su orgullo; caballero en él había vuelto vencedor de todas las guerras.

»—Mucho tiempo hemos vivido ¡oh Rebo! le dice, si algo hay que dure mucho entre los mortales. Sobre tí traerás hoy la cabeza y los sangrientos despojos de Eneas y serás conmigo vengador del infortunio de Lauso, ó si no basta nuestro esfuerzo para abrirnos camino morirémos juntos, pues no creo ¡mi leal amigo! que quieras someterte á ajeno yugo ni tener por amos á los Teucros.

»Dijo, y ayudado de los suyos asentó en los lomos del corcel el acostumbrado peso de su cuerpo, tomó en las manos dos agudas jabalinas, y cubrióse la cabeza con un refulgente yelmo de bronce, coronado de un penacho de crines. Así armado, lanzóse de una carrera en medio de los escuadrones enemigos, lleno el corazon de vergüenza, á la vez que de rabia y dolor; el amor paternal le aguijoneaba y tambien la confianza en su propio denuedo.

»Tres veces llamó con grandes voces á Eneas, quien al reconocerle dijo alborozado:

»—Hagan el padre de los dioses y el divino Apolo que conmigo trabes batalla.

»Y salióle al encuentro lanza en ristre.

»—Despues de haberme arrebatado á mi hijo, bárbaro feroz, gritó Mecencio, nada hay que pueda amedrentarme. Ese solo camino tenías por donde poder perderme; ni me horroriza la muerte, ni invoco el auxilio de los dioses. Deja, pues, esas bravatas, pues á morir vengo; pero recibe ántes estos dones.»

»Y arrojó un dardo al enemigo, y luego otro y otro que todos se clavaron en el áureo escudo de Eneas. Tres veces hizo caracolear su caballo con rápidas vueltas á la izquierda de su enemigo, que le aguardaba á pié firme; tres veces el héroe troyano hizo girar en torno de su cuerpo la horrible selva de dardos clavados en su ferrada adarga, hasta que, corrido de tanta tardanza y de arrancar tantas saetas, viéndose acosado en desigual pelea, arremetió en fin y arrojó la lanza entre las cóncavas sienes del guerrero corcel. Levántase éste de manos, azota el viento con los cascos y cae de cabeza sobre el derribado jinete, sofocándole con el peso de su cuerpo. Troyanos y Latinos alzan al cielo ardientes clamores, y Eneas, que acude volando con la espada en la mano, puesto de pié sobre su enemigo, dice:

»—¿Dónde está ahora aquel fogoso Mecencio? ¿Qué ha sido de él? ¿Qué se ha hecho aquella indómita pujanza?

»—¿Por qué me insultas, rencoroso enemigo? replicó el Tirreno luego que hubo aspirado un poco de aire y recobrado el sentido. Mátame, pues puedes hacerlo sin desdoro. No vine á la guerra para que me perdonases la vida, ni tales pactos hizo contigo mi Lauso. Un solo ruego te dirijo, si es que puede haber merced para los enemigos vencidos: permite que mi cuerpo sea enterrado. Sé que me cercan los acerbos odios de los mios; defiéndeme de su furor, y consiente en que tenga por compañero á mi hijo en el sepulcro,

»Dijo, y sabedor de la suerte que le espera, recibe la espada de Eneas en la garganta, y entre raudales de sangre vierte el alma.» (VIRGILIO).

Cuenta Ovidio que Mecencio había exigido de los Rútulos por precio de sus servicios los primeros vinos de sus lagares, y que al saberlo invocó Eneas á Júpiter con estas palabras:

«—La vendimia enemiga ha sido prometida al rey de Toscana; yo, omnipotente Júpiter, te prometo el vino de las viñas del Lacio.

»Entre ámbas promesas es acepta al padre de los dioses la más religiosa; el enorme Mecencio cae y con su pecho enfurecido toca al suelo. Cuando llegó el otoño pintarrajado con el zumo de las uvas por él pisadas, ofrecióse á Júpiter el prometido tributo. De ahí que tomara en Roma el nombre de *Vinalia* y se contara como fiesta de Júpiter la destinada á conmemorar aquel acaecimiento.» (OVIDIO).

Los Troyanos habian alcanzado completa victoria, y á la naciente aurora Eneas, aunque estimulado por el deseo de dar sepultura á sus compañeros y turbado su espíritu por la memoria de los recientes desastres, ofreció sus triunfales votos á los dioses. Manda plantar en la cima de un collado una corpulenta encina limpia de todas sus ramas, y suspende de ella las armas de Mecencio, consagrándolas al dios de la guerra. Formando bélico trofeo coloca allí el penacho del guerrero chorreando sangre, sus rotos dardos y su coraza agujereada y rota por doce partes. Rodeado de sus entusiasmados capitanes, les habla en estos términos:

«—Realizado queda lo más ¡oh guerreros! Deponed todo temor pues ya es poco lo que nos falta hacer. Ahí teneis esos despojos, primicias de un rey soberbio; ahí teneis á Mecencio tal cual le han puesto mis manos. Apercibamos ahora las armas para marchar á la ciudad del rey latino; con vuestro esfuerzo y confianza anticipad el fin de la guerra, y nada os amedrente ni conturbe así que, acatando el mandato de los dioses, levantemos pendones y saquemos del campamento á nuestra gente. En tanto este instante llega entreguemos á la tierra los insepultos cuerpos de nuestros compañeros, único honor duradero allá en el profundo Aqueronte. Paguemos el postrer tributo á aquellas ilustres almas que con su sangre nos dieron esta patria; pero ántes enviemos á la desolada ciudad de Evandro al esforzado Palante, que un dia aciago nos arrebató abismándole en acerba muerte.»

Abundantes lágrimas surcaban sus mejillas al decir las últimas palabras y al encaminarse al punto donde custodiaba los inanimados restos de Palante el anciano Acetes, escudero de Evandro y entónces ayo de su querido hijo. En torno estaban su servidumbre, muchos Troyanos y las mujeres de Ilion, destrenzado el cabello y con gran duelo. Al ver á Eneas prorumpieron en agudos alaridos, y golpeándose el pecho, llenaron con sus lamentos la estancia.

Detúvose el héroe junto al cadáver, y con acento dolorido dijo:

«—¿Por qué ¡oh mísero mancebo! ha de vedarme la fortuna, cuando más propicia se venía á mí, que veas mi reinado y restituirte vencedor á tu patria morada? No es esto en verdad lo que al partir prometí á tu padre Evandro el dia en que, estrechándome en sus brazos, me vaticinó la conquista de un vasto imperio, pero advirtiéndome temeroso que iba á pelear con gente brava y tenaz. Quizas en este instante, engañado por mentida esperanza, dirige votos á los dioses y acumula ofrendas en los altares, en tanto que nosotros, afligidos, tributamos vanos honores á este mancebo exánime que ya nada debe á divinidad alguna. ¡Infeliz de tí, Evandro, á quien toca ver las exequias de tu hijo! ¿Es esto lo que de mi regreso te prometías? ¿Son estos los triunfos que esperabas? Pero á lo ménos, desdichado padre, no verás á tu hijo muerto á impulso de afrentosas heridas, ni desearás para tí desastroso fin por verle salvo aunque sin honra. ¡Ay de mí! grave pérdida has tenido, Ausonia, y no es menor la tuya ¡oh hijo mio querido!»

Despues de estos lamentos dispuso levantar el cadáver y confió su custodia á mil guerreros para que lo acompañen y lo lleven al desventurado padre. Entretejen otros zarzos con flexibles ramas de madroño y de encina á modo de blando féretro, cúbrenle con umbroso toldo de verdura, y colocan en aquel rústico lecho al noble mancebo, «semejante, dice Virgilio, á la flor cortada por los dedos de una vírgen, bella violeta ó lánguido jacinto que aún conservan su brillo y donosura cuando ya la madre tierra no los sustenta ni les da fuerzas.» Saca Eneas dos preciosas túnicas de grana recamadas de oro, que con sus propias manos labró gozosa para él en otro tiempo la sidonia Dido, y como postrimera honra viste una de ellas al mancebo y cubre con un manto su cabellera destinada á las llamas. En seguida manda reunir numerosos despojos ganados al enemigo en los campos de Laurento, y á ellos añade los caballos y las armas conquistadas. Allí estaban, con las manos atadas á la espalda, los cautivos destinados al sacrificio por los manes de Palante; su sangre habia de regar la funeraria hoguera. Dispone ademas el héroe que sus capitanes traigan troncos vestidos con las armas ganadas á los enemigos, y que en ellos se escriban los nombres de los vencidos. Sostenido por sus compañeros vése al triste Acetes, abismado por la edad y por el dolor, que unas veces se desgarra el pecho con las manos, ya el rostro con las uñas, ó se deja caer desplomado al suelo. Va detras el carro de Palante, salpicado con sangre enemiga; síguele, sin jaez, su caballo de batalla; sus servidores llevan su lanza y su escudo, pues sus restantes armas habían quedado en poder de su vencedor Turno, y cierra el cortejo afligida falange de Teucros, Tirrenos y Arcades, con las armas vueltas en señal de luto. Largo trecho precedió Eneas á la

fúnebre comitiva, hasta que por último se paró y con un profundo gemido dijo:

«—No son estas las últimas lágrimas que nos reservan los crudos hados de esta guerra. Salve por siempre ¡oh noble Palante! adios para siempre.»

Y dicho esto deshizo el camino andado y dirigió el paso á sus reales.

A ellos habían ya llegado procedentes de la ciudad latina emisarios, ceñidas las sienes de oliva, pidiendo por merced se les dejase recoger los cadáveres de los suyos y darles sepultura, invocando la memoria de los que habían dado hospitalidad á Eneas y cuya alianza había solicitado. Accede á ello el piadoso héroe, y les dice:

»—¿Cuál injusta fortuna ¡oh Latinos! os ha lanzado á esta desastrosa guerra y os ha retraido de tenernos por amigos? Me pedís paz para los muertos, para los que han sucumbido á los azares de la guerra, y en verdad que yo quisiera concederla hasta á los vivos. No habría venido á estas playas á no haberme designado los Hados esta tierra para mi asiento, ni soy yo quien he movido guerra á vuestro pueblo; vuestro rey fué quien quebrantó las leyes de la hospitalidad, prefiriendo poner su confianza en las armas de Turno; más justo fuera que Turno se expusiera á la muerte que esos han hallado. Si con su diestra quería dar término á la guerra y arrojar de Italia á los Teucros, debió de cruzar conmigo sus armas y habría quedado con vida aquél á quien se la dieran los dioses y la fuerza de su brazo. Ahora podeis marcharos y entregar al fuego los cuerpos de vuestros infortunados ciudadanos.»

Atónitos escucharon los embajadores estas palabras; ninguno se atrevía á romper el silencio, hasta que Drances, el mas anciano, poco amigo del jóven Turno, dijo:

«—Si ilustre eres por tu fama ¡oh varon troyano! más todavía lo eres por tus armas. ¿Con qué loores te ensalzaré hasta el firmamento? ¿Te admiraré por tu justicia, ó más bien por tu esfuerzo en la guerra? Agradecidos, llevarémos tus palabras á nuestra ciudad patria, y si algun camino facilita para ello la fortuna te enlazarémos con el rey latino. Búsquese Turno otras alianzas, pues á nosotros, más grato que tenerle por rey, nos será ayudarte á levantar las murallas de la nueva Troya.»

Con unánime aplauso fueron recibidas sus palabras, y ajustada una tregua de doce dias Teucros y Latinos pudieron impunemente vagar juntos por selvas y collados, ocupados en cortar fresnos y pinos para las funerarias piras.

Ya la fama había llevado al palacio y á la ciudad de Evandro la terrible nueva, y formando los Árcades triste comitiva iluminada por fúnebres antorchas, júntanse en el camino con la dolorida de los Frigios, que era ya llegada. Al recorrer la muchedumbre las calles de la ciudad prorumpen las matronas en lastimeros clamores, y entónces, no habiendo fuerzas que basten á sujetar á Evandro, atraviesa éste el apiñado gentío y se precipita sobre el féretro de Palante.

«—No era esto, hijo mio, exclama luego que el dolor abre por fin camino á la voz, lo que á tu padre prometías cuando protestabas de tu cautela en los futuros trances de la lucha. Bien sabía yo cuanto había de seducirte el ansia de la primera gloria, cuán dulce es el triunfo en el primer combate. ¡Oh miserables primicias de tu juvenil ardor! ¡Oh duro aprendizaje de la guerra! Votos y ruegos mios ¿á dó fuísteis que no habeis llegado á los dioses? ¡Dichosa tú, virtuosísima esposa mia, que con tu muerte te libraste de este fiero dolor, y triste de mí, padre infeliz, que contra el órden natural de los hados sobrevivo á mi hijo! A haber seguido yo los pendones de mis aliados los Troyanos, habríanme los Rútulos abrumado con sus dardos, yo solo habría rendido el alma, y esa pompa funeral, á mí, no á Palante, estaría consagrada. No creais ¡oh Teucros! que os acuso ni que me pesa haber hecho alianza con vosotros ni haberos dado la mano en prenda de hospitalidad; era esta suerte debida á mis cansados años, pues ya que tan prematura muerte aguardaba á mi hijo, dichoso fué al ménos en morir habiendo ántes dado muerte á numerosos Volscos y conducido á los Teucros al Lacio. Yo mismo ¡oh Palante! no te hubiera honrado con más digno funeral que el que te preparan el piadoso Eneas y los animosos Frigios, los capitanes tirrenos y todo su ejército; aquí están como gloriosos trofeos los despojos de los que inmoló tu diestra, y entre ellos estarías tú tambien ¡oh Turno! bajo la figura de un gran tronco vestido de tus armas, si Palante te hubiese igualado en edad y fuerzas. Mas ¿para qué, triste de mí, detengo á los Teucros lejos del campo de batalla? Id y decid en mi nombre á vuestro rey estas palabras:—Si muerto Palante conservo aún esta odiosa vida, es por la esperanza que cifro en tu diestra, deudora al padre y al hijo de la sangre de Turno. No anhelo ya las alegrías de la existencia; pero deseo y quiero poder llevar ésta al hijo mio á la mansion profunda de los manes.»

En tanto, había restituido la aurora su alma luz á los míseros mortales, trayéndolos nuevamente sus trabajos y ejercicios. Ya el caudillo Eneas y Tarcon habían levantado las piras en la ondulante playa, y á ella cada cual, segun la usanza patria, hizo llevar los cuerpos de los suyos. Densa humareda cubre el cielo al levantarse las funerarias llamas, y á su alrededor dan tres vueltas los guerreros á pié y otras tantas á caballo, lanzando alaridos y regando con sus lágrimas la tierra. Los clamores de la muchedumbre y los agudos toques de las trompetas llenan el espacio, y miéntras unos arrojan al fuego los despojos arrebatados á los Latinos vencidos, yelmos, espadas, frenos y ruedas, otros lanzan á las piras las prendas de los mismos que en ellas ardían, los escudos y dardos de que tan sin ventura se sirvieron.

Inmolan en ofrenda numerosos toros; degüellan junto á las llamas cerdosos puercos y alimañas cogidas en el monte, y por toda la playa contempla la afligida muchedumbre la quema de los cuerpos de sus compañeros sin acertar á arrancarse de aquellos sitios, como si custodiaran las hogueras casi del todo consumidas, hasta que la húmeda noche tachona el cielo de rutilantes estrellas.

Lo propio practicaron en diverso sitio los Latinos. Enterraron una parte de sus cadáveres en los campos, llevaron otros á la ciudad, y quemaron el resto sin distincion ni cuenta en inmenso y confuso monton; de él, llegado el tercer dia, sacaron los revueltos huesos para cubrirlos, tibios todavía, con un túmulo de tierra. Madres, míseras esposas, afligidas hermanas y niños huérfanos maldecían de aquella horrible guerra y del proyectado enlace de Lavinia con Turno, y pedían á voces que él fuese quien corriera la suerte de las armas, pues reclamaba para sí el reino de Italia y los supremos honores. En lo mismo insistía el rencoroso Drances, asegurando que á Turno y sólo á Turno llamaba Eneas á la lid, al paso que otros, movidos por el gran influjo de la reina y la amorosa inclinacion de la princesa, hablaban en favor de Turno, apoyado ademas por la alta y merecida fama que sus proezos le habían conquistado.

En medio de aquellas turbulencias y en el hervor de aquellos bandos ocurrió el regreso de los embajadores enviados á la ciudad de Diomedes, tristes por no haber alcanzado cosa alguna á pesar de sus afanes y de apurar todos los medios; segun cuenta Virgilio, de nada valieron las dádivas, el oro ni las más rendidas súplicas, y fuerza era, en fin, á los Latinos buscar el auxilio de otras armas ó solicitar la paz del caudillo troyano. Á tales nuevas desfallece de dolor el rey; la ira de los dioses y tantos túmulos recientes levantados ante sus ojos le demuestran que Eneas es, en efecto, el verdadero dominador traido por los hados á Italia, y llama en consejo, para tratar del caso, á los próceres del reino. A su voz acuden en gran número, y sentado el rey Latino en medio de ellos, manda introducir á los emisarios de la ciudad etolia para que repitan las respuestas que en su embajada han alcanzado. Obediente Vénulo, en medio del general silencio, comienza su relato en estos términos:

«—Hemos visto ¡oh ciudadanos! á Diomedes y el campamento argivo, y arrostrando todos los azares del camino hemos tocado aquella mano á cuyo empuje cayó la ciudad de Troya, en ocasion en que vencedor estaba edificando en los campos de Iapigia, al pié del monte Gárgano, la ciudad de Argiripa, denominada así en recuerdo de su antigua patria. Introducidos á su presencia y autorizados á hablar presentamos los regalos que llevábamos y declaramos nuestros nombres y nacion; dijimosle que extranjera gente habían traido la guerra á nuestro suelo, y el motivo que nos llevaba á Argos. Oido esto respondiónos con sereno continente:

»—¡Oh nacion afortunada, reino de Saturno, antiguos Ausonios! ¿Qué destino fatal os inquieta hoy y os impele á guerrear con gente desconocida? Cuantos talamos con el hierro los campos de Ilion, sin contar las desventuras que padecimos peleando al pié de sus altos muros y los guerreros que oprime el Simois bajo el peso de sus olas, vamos purgando por toda la tierra nuestras culpas con toda clase de infandos castigos, hasta el punto de que el mismo Príamo nos compadecería. Desde que concluyó aquella guerra, arrojados á diversas playas, el átrida Menelao se ha visto desterrado allá en las remotas columnas de Proteo, y Ulises se ha hallado entre los Cíclopes del Etna. ¿Recordaré el reinado de Neoptolemo, las domésticas desventuras de Idomeneo, á los Locros, hoy moradores de la playa líbica? El caudillo de los valerosos Griegos, el rey de Micenas, pereció en su propio palacio á los golpes de su pérfida esposa, y el adúltero ocupó el trono vencedor del Ásia. Y á mí mismo ¿no me vedaron los dioses que, de vuelta á mi patria, volviese á ver á una esposa deseada y á mi hermosa Calidona? Aun ahora mismo me persiguen espantosas visiones, y mis perdidos compañeros, transformados en aves, surcan el éter con sus alas, vagan por los rios y ¡oh tremendo suplicio! llenan los riscos con sus lastimeras voces. Todo esto debí en verdad temer desde aquel dia en que ¡insensato! acometí espada en mano á los númenes y herí en la diestra á la poderosa Vénus. Nó, no querais mezclarme en tal contienda; destruida ya Pérgamo, no quiero ya guerra con los Teucros ni me regocijo de sus antiguos desastres. Esos presentes que me traeis de vuestro patrio suelo, llevadlos á Eneas; creed á quien se ha visto frente á frente con él, hierro á hierro, brazo á brazo y ha probado por experiencia propia su denuedo en la pelea, su pujanza en disparar el dardo. Si el suelo del Ida hubiese producido otros dos guerreros como Héctor y Eneas, el Dárdano habría conquistado las ciudades de Inaco, y lloraría la Grecia trocados sus destinos. Lo que retrasó por diez años la victoria de los Griegos junto á los muros de la fuerte Troya fué el valor de aquellos dos guerreros, ámbos insignes por sus proezas, pero más aún Eneas por su piedad. Así, pues, á cualquier precio habeis de tenerle por aliado y guardaros bien de empeñar con él batalla.

»—Esta es ¡oh el mejor de los reyes! la respuesta que traemos, manifestó Vénulo al concluir, y esto lo que de la presente contienda opina Diomedes.

»—Ciertamente ¡oh Latinos! dijo el rey entre el sordo murmullo que en la asamblea despertara la relacion de Vénulo, querría yo, y nos hubiera estado mejor, que ántes de ahora se tratara de este importantísimo asunto, pues mala ocasion es de celebrar consejo cuando el enemigo asedia nuestros muros. Empeñados nos encontramos ¡oh ciudadanos! en importuna guerra con varones invictos, descendientes de divino linaje, hombres á quienes las batallas no fatigan y que ni áun vencidos aciertan á deponer la espada. Si alguna esperanza fundábamos en el auxilio de los Etolios, hemos de renunciar á ella; de hoy más sólo en nosotros mismos podemos cifrarlas, y ya conoceis cuán pocas podemos de esta manera abrigar. Ved sino el gran desastre que hemos padecido, la inmensa ruina de nuestros recursos. A nadie culpo, pues cuanto pudo hacer el más heróico valor, esto hemos hecho, peleando con todas las fuerzas del reino. Ahora bien, voy á deciros el proyecto que mi mente vacilante ha formado; pocas palabras bastarán para enteraros de él; escuchadme. Poseo de antiguo, junto á las márgenes del toscano rio, dilatado territorio que se extiende hacia el ocaso hasta los confines sicilianos; Auruncos y Rútulos lo cultivan, y apacientan en aquellas asperezas sus rebaños. Cedamos á los Teucros, á cambio de su amistad, toda aquella region, con su alta montaña cubierta de pinos, y ajustando con ellos equitativa paz, convidémosles á formar parte de nuestra nacion; fijen aquí su asiento, pues con tanto ardor lo desean, y construyan para sí una ciudad. Si es su intento buscar otras comarcas y otro pueblo y quieren dejar nuestro suelo construyamos para ellos veinte naves ó más, si pueden llenarlas. Dispuesto está todo el material á la otra orilla del rio, y luego que ellos mismos hayan señalado el número y la calidad de las naos, les suministrarémos hierro, operarios y cuanto necesiten. Es ademas mi voluntad que vayan cien legados de las principales familias latinas con ramos de pacífica oliva en las manos, á llevarles nuestras proposiciones, á ajustar con ellos alianza y á ofrecerles como donativo algunos talentos de oro y marfil y juntamente el solio y la trábea, insignias de mi poder real. Consultad ahora entre vosotros y venid en auxilio de este decadente Estado.»

Levantóse entónces Drances, enemigo mortal de Turno cuya gloria envidiaba; rico de hacienda, diestro en hablar, pero cobarde en la guerra, era tenido por sagaz en el consejo y entendido en fragua sediciones; de alta nobleza por parte de madre, ignorábase quien fuera su padre. Puesto en pié, más y más agrava la irritacion de los ánimos con estas palabras:

«—Á nadie se oculta ¡oh buen rey! ni necesita el testimonio mio la gravedad de lo que estás tratando. Todos saben, pero nadie se atreve á decir, lo que el bien del pueblo reclama, en tanto no enfrene su arrogancia aquel cuyos infaustos auspicios y funesto influjo (he de decirlo aunque sus armas me amenacen) causaron la muerte de tantos ilustres caudillos anegando en llanto á la ciudad, siendo así que él pudo fugarse al ser rechazado de los reales troyanos. Ahora bien, á los presentes que para los Dárdanos destinas ¡oh el mejor de los reyes! añade uno, uno solo, tu hija: no te retraiga ajena violencia de darla á un esclarecido yerno, digno de ella, y de ajustar así la paz con eterna alianza. Pero si el terror que Turno inspira no consiente que tal hagas, supliquémosle, imploremos de él que ceda, que deje al rey por gran merced usar de su derecho, y que sacrifique su interes al bien de la patria. ¿Por qué lanzas en inevitables desventuras á nuestros míseros ciudadanos, ¡oh tú! orígen y causa de las desgracias del Lacio? En la guerra no queda para nosotros salvacion, y por esto ¡oh Turno! te pedimos todos la paz y con ella la única prenda inviolable de sosiego. Yo el primero, yo, de cuya enemistad estás persuadido, y no niego que con razon, te dirijo esta súplica; compadécete de los tuyos, depon esos bríos, y pues has sido vencido, retírate. Bastantes derrotas y desastres hemos sufrido ya; harto desolados están nuestros extensos campos. Y si tanto te fascina el amor de la gloria, si tan esforzado es tu corazon, si aún insistes en querer por esposa á quien te traiga un trono por dote, lánzate á la pelea tú solo y, valeroso, opon tu pecho al enemigo que te aguarda. ¡Bueno fuera que para que Turno obtenga esposa de sangre real, nosotros, como gente vil, como turba insepulta de nadie llorada, quedáramos tendidos en los campos de batalla! No ha de ser, y si alienta en tí fortaleza, si conservas algo del valor de tu linaje, sal á lidiar cara á cara con el guerrero que te ha retado á singular combate.»

Ciego de cólera, rompió Turno á hablar en estos términos:

«—No me extraña ¡oh Drances! oir de tí tantas palabras en ocasion en que pide manos la guerra; siempre así te has conducido: el primero en acudir á las juntas de los próceres, el último en subir al muro. Suelta, pues, como de costumbre, tu facunda lengua; resuene aquí tu habitual elocuencia; motéjame de cobarde, tú, Drances, cuya diestra ha amontonado tantos cadáveres teucros y cubierto los campos de insignes trofeos. No estará de más, sin embargo, que probemos hasta dónde llega ese tu impetuoso brío; para ello no tendrémos que ir á buscar lejos á los enemigos, pues están al pié de nuestras murallas. Salgamos ¿qué te detiene?... ¡Yo vencido! ¿Quién podrá con razon motejarme de tal cuando el Tiber ha visto crecer su corriente con sangre troyana, cuando la fuerza de mi brazo ha derrumbado el linaje de Evandro y ha despojado de sus armas á los Árcades? No me juzgaron así Bicias y el corpulento Pandaro y los mil guerreros que lancé victorioso al Tártaro al verme encerrado en los muros enemigos, cercado de furiosa muchedumbre. Dices que en la guerra no queda para nosotros salvacion. ¡Insensato! Vé á halagar con esas palabras los oidos del caudillo dárdano y de sus parciales, y no te detengas en turbar á los demas con tu pavura, ni en ensalzar en menoscabo de las armas latinas á gentes dos veces vencidas. ¿Cómo no añades en tu medroso entusiasmo que los caudillos de los Mirmidones, y el hijo de Tideo,

y Aquiles de Larisa tiemblan á la sola vista de las armas frigias y que el rio Aufido hace retroceder su corriente temerosa de las ondas adriáticas! Artífice de maldades, finge no atreverse á hablar contra mi causa y con su aparente miedo encona contra mí los ánimos. Pero no tiembles ni huyas, que nunca esta diestra te arrancará el alma vil que te sustenta; more en tí, y quédese en ese pecho digno de ella. Ahora ¡oh gran rey! voy á responder á tu consulta. Si no tienes ya esperanza en nuestras armas, si tan perdidos nos crees, y porque una vez volvimos la espalda piensas que no tiene ya la fortuna para nosotros desquite, imploremos la paz y tendamos al vencedor las inertes manos. ¡Feliz el que por no presenciar tales miserias cayó sin vida en la pelea y mordió el polvo del sangriento campo! Mas si aún nos quedan recursos, si nuestra juventud está aún entera y pueden darnos auxilios los pueblos de Italia, si los Troyanos han ganado gloria á costa de no poca sangre y han tenido tambien sus funerales, y todos hemos corrido la misma borrasca, ¿por qué sin pudor desfallecemos ahora que es el comienzo de la guerra? ¿Por qué temblar así aún ántes que la trompeta toque al arma? El tiempo y la sucesion de los dias han traido muchas cosas á mejor estado; á muchos la fortuna, despues de hacerles su juguete, asistiéndolos y abandonándolos alternativamente, acabó al fin por alzarlos á sólida ventura. En buen hora que no tengamos el auxilio del Etolio ni de la ciudad de Arpos, pero con nosotros serán Mesapo y el afortunado Tolumnio y otros muchos caudillos de los pueblos de Italia. Nuestros pendones sigue tambien Camila, de la nacion ilustre de los Volscos, que capitanea lucido y bien armado escuadron. Mas si sólo conmigo quieren pelear los Teucros, si así queréis que sea y me considerais obstáculo al bien general, no es tan esquiva con este brazo la victoria para que me arredre prueba alguna á trueque de las grandes esperanzas que alimento. Contra Eneas marcharé animoso, y áun cuando supere en esfuerzo al grande Aquiles y use como él armas forjadas por Vulcano, yo, Turno, igual en valor á mis ascendientes, consagraré de buen grado mi vida á todos vosotros y á mi suegro el rey Latino. Si quiere Eneas pelear conmigo en combate singular, bien venido sea; con gusto mediré con él mis armas. Si la cólera de los dioses me persigue, no es razon que los aplaque Drances con su muerte, como tampoco lo es que si hay virtud y gloria que ganar en este trance, él me las quite.»

Miéntras de esta manera disputaban acalorados sobre su apurada situacion, precipitóse en las regias estancias fatigado mensajero con la nueva de que los Teucros y la hueste tirrena habían dejado las márgenes del Tiber, y en órden de batalla se acercaban cubriendo con su muchedumbre las dilatadas campiñas. Crece en los ánimos la turbacion; el pueblo se altera y agita, el furor enciende todos los pechos. Trémulos de cólera requieren los guerreros sus armas, y armas pide la briosa juventud en tanto que los ancianos contristados lloran y murmuran por lo bajo. Por todos lados se alzan en los aires discordes clamores, y aprovechando Turno la ocasion, grita:

«—Entreteneos en consejos ¡oh ciudadanos! Ponderad, sentados en vuestras sillas, las excelencias de la paz, miéntras invaden el reino las legiones enemigas.»

Sin decir más, salió corriendo de la régia estancia y con voz resuelta comunicó sus órdenes á los caudillos que le aguardaban.

«—Tú, Voluso, dice, haz que se armen las huestes de los Volscos y conduce aquí á lo Rútulos; Mesapo, y tú, Coras, con tu hermano, cubrid los llanos con la caballería. Defiendan unos las avenidas de la ciudad y ocupen las torres, y quédense los demas para seguirme adonde yo les mande.»

Corren á las murallas los ciudadanos, y hasta el rey Latino, conturbado con las calamidades de los tiempos, abandona el consejo pensando cuanto mejor le habría sido asociar á su imperio en calidad de yerno al dardanio Eneas. Unos abren zanjas delante de las puertas, acarrean otros piedras y estacas, y cuando la ronca bocina dá la sangrienta señal de la lid, hasta las mujeres y los niños suben en tropel á los adarves, concitados por la inminencia del peligro.

Rodeada de gran número de matronas y llevando ofrendas, dirígese la reina al templo y al alto alcázar de Palas; á su lado va la princesa Lavinia, causa de aquel gran desastre, clavados en tierra los hermosos ojos.

«—Armipotente árbitra de la guerra, vírgen hija de Triton, quebranta con tu diestra las armas del frigio robador, derríbale en el suelo y póstrale bajo esas altas puertas.»

Entre tanto, Turno, ardiendo en ira, se arma para la pelea; ya se ha vestido la coraza rútula, erizada de escamas de bronce, y se ha rodeado á las piernas las doradas grebas, desnudas todavía las sienes; habíase ceñido ya la espada al costado, y rutilante bajaba corriendo desde el alto alcázar, rebosando arrogancia y seguro de vencer al enemigo. No de otra suerte, dice el poeta, cuando rotas sus ligaduras se escapa de la cuadra, libre, en fin, un caballo; galopando por el abierto campo se dirige á las dehesas y á las yeguadas, ó corre á bañarse en las aguas del conocido rio, dando botes, relinchando alborozado, aguzadas las orejas y encorvada la cerviz, cayéndole en desórden las crines por cuello y brazos. A su encuentro salió, seguida de su escuadron de Volscos, la amazona Camila, la cual, apeándose de su corcel en las puertas de la ciudad, le dijo:

«—Si es posible abrigar confianza en la propia fortaleza, téngola yo en la mia, y te prometo hacer frente á la hueste de Eneas marchando sola contra la caballería tirrena. Consiente en que arrostre yo los primeros peligros de la guerra; quédate tú con los peones en los muros para guardar la ciudad.

»—¡Oh vírgen, gloria de Italia! respondióle Turno. ¿Cómo podré agradecerte y pagarte tan alta merced? Ven, pues tan grande es tu denuedo, á compartir conmigo los riesgos que nos aguardan. Segun noticias de mis exploradores, el pérfido Eneas ha adelantado un destacamento de caballería ligera para que recorra el campo, miéntras se encamina él á la ciudad por las desiertas cumbres del monte. Armada le tengo una celada en el recodo que forma el camino del bosque, cubriendo ámbos lados de gente armada; lleva tú tus pendones contra la caballería tirrena; contigo irán, y á tus órdenes, el impetuoso Mesapo, las cohortes latinas y la hueste tiburtina.»

Había en lo más fragoso del monte una hondonada que era lugar muy adecuado para emboscadas y asechanzas; rodeábanlo por ámbos lados negros y espesos matorrales, y á él conducía angosta y tortuosa senda. Sobre ella, en la cumbre de uno de los inmediatos cerros, extendíase oculta planicie, segura guarida así para acometer de improviso á derecha ó á izquierda, como para destrozar desde aquella altura al enemigo, haciendo rodar sobre él enormes piedras. Allí se dirige Turno, y apoderado del llano, se embosca en aquellas pérfidas espesuras.

Cuenta la *Eneida* que en esto la hija de Latona, desde las mansiones celestiales, llamó á la ligera Opis, una de las vírgenes, sus sagradas compañeras, y poseida de tristeza, le dirigió estas palabras:

«—Camila ¡oh vírgen! se encamina á una guerra cruel, y es en vano que ciña nuestras armas. Camila me es cara más que otra vírgen alguna, y este cariño no es nuevo ni ha nacido de súbito en el corazon de Diana. En la época en que arrojado del trono por el odio de sus vasallos, nacido de su soberbia y tiranía, salió su padre Metabo de la antigua ciudad de Priverno, huyendo por entre sus encarnizados enemigos, llevábasela, niña todavía, por compañera en su destierro, y la llamó Camila, del nombre un tanto alterado de su madre Casmila. Teniéndola en brazos, corría por las dilatadas cordilleras y los desiertos bosques, siempre acosado por los fieros dardos de los Volscos, que sin tregua le iban dando alcance, cuando atajó sus pasos el rio Amaseno, que desbordado con las copiosas lluvias, había inundado sus riberas. Disponíase Metabo á cruzarle á nado, pero le detuvo el amor de su hija; temblaba por su querida carga, y discurriendo lo que podría hacer en trance semejante tomó esta resolucion: en mitad de su robusta y nudosa lanza de roble curado al fuego, ató mañoso á su hija, bien rodeada de cortezas de silvestre alcornoque, y vibrando luego la lanza con vigorosa diestra, dijo así con los ojos fijos en el firmamento:

«—¡Oh alma vírgen, hija de Latona, moradora de las selvas, yo te consagro esta niña, de quien soy padre; pendiente por primera vez de tus armas, te implora huyendo de sus enemigos por el aire; acoge ¡oh diosa! yo te lo ruego, acoge esta prenda tuya, que va á confiarse á las inciertas auras.

»Dijo, y echando atras el brazo arrojó con ímpetu la lanza, y á ella asida huyó por cima del rio la infeliz Camila. En seguida Metabo, acosado ya muy de cerca por la turba de sus perseguidores, precipitóse en la corriente, y en breve, abordando á la opuesta orilla, pudo arrancar de la hierba la lanza y recoger la niña, ya consagrada á Diana. Nadie le dió asilo bajo su techo, ninguna ciudad le recibió en sus muros, ni él, tanta era su fiereza, habría admitido hospitalidad ninguna. Como los pastores, pasaba la vida en los solitarios montes, y allí, entre riscos y malezas, criaba á su hija con la leche de una yegüa bravía, exprimiéndole las ubres en los tiernos labios de la niña. Apénas empezó ésta á afirmar las tiernas plantas en el suelo, armó sus manos con agudo venablo y suspendió de sus pequeños hombros arco y flechas; en vez de áurea diadema y de flotante manto pendía de su cabeza una piel de tigre, y ya entónces con la tierna diestra disparaba infantiles dardos y blandía la honda en torno de su cabeza derribando grullas y cisnes. En vano muchas madres de las ciudades tirrenas la desearon por nuera; contenta con estar consagrada del todo á Diana, abriga en su pecho invencible apego á las armas, á la guerra y á la virginidad. A secundar mi deseo, no se habría empeñado hoy en la terrible lucha; mas ya que sobre ella pesan los hados crueles, importa ¡oh ninfa! que deslizándote del cielo hasta los confines latinos, donde va á empeñarse bajo infausto agüero la tremenda lid, te armes con este mi arco y esta flecha mia vengadora; sea quien fuere el que se atreva á herir el sagrado cuerpo de Camila, sea Troyano ó Italo, haz que corra en mi desagravio su sangre. En seguida llevaré yo á un túmulo, á favor de densa nube, el cuerpo y las intactas armas de la desventurada, y la restituiré á su patria.

»Dijo, y la leve ninfa, deslizándose por las auras con sonoro vuelo, bajo del Olimpo, circundada de negros vapores.» (Virgilio).

Acercábanse á los muros el ejército troyano y la caballería etrusca; erizado estaba el campo de ferradas lanzas, todo él centelleaba con las puntas de las armas. A su encuentro salen Mesapo, los veloces Latinos, Coras con su hermano y la hueste de la vírgen Camila, todos con las lanzas en ristre y vibrando los dardos, yendo en aumento á medida que se acercan el ardimiento en hombres y caballos. A tiro de dardo se paran uno y otro ejército, hasta que resonando súbito y espantoso alarido, aguijan los jinetes los animosos corceles. Por ámbas partes, á manera de apretada nieve, cae un diluvio de dardos, con cuya sombra se encapota el cielo. Tirreno y el fogoso Aconteo, enris-

tradas las lanzas, fueron los primeros en acometerse; con gran estruendo chocaron entre sí; sus caballos se estrellaron pecho contra pecho, y derribado Aconteo con violencia, como el proyectil lanzado por una catapulta, dice el poeta, va á rodar gran trecho y exhala el alma en los aires. Amedrentadas con el suceso las escuadras latinas échanse á la espalda las rodelas y revuelven los caballos hácia la ciudad, alanceadas por los Troyanos, á los que acaudillaba Asilas; cerca estaban ya de las puertas cuando por segunda vez alzan los Latinos gran clamor y de nuevo hacen rostro á sus contrarios; huyen entónces los Teucros y á todo escape se repliegan á gran distancia.

«No de otra suerte el mar, en sus continuos vaivenes, cuenta la *Eneida*, ya desborda por las playas y con sus espumosas olas cubre los riscos y anega las últimas arenas, ya retrocede rápido y sorbiendo en revuelto remolino las desgajadas peñas, abandona resbalándose la orilla. Dos veces los Toscanos arrollaron á los Rútulos hasta las murallas; dos veces rechazados, volvieron la espalda, cubriéndose con sus rodelas; mas al tercer encuentro trábanse unos con otros todos los escuadrones, cada guerrero elige su adversario, y comienzan á oirse los gemidos de los moribundos; en un lago de sangre se revuelcan confundidos hombres y caballos espirantes entre montones de armas, y se enciende crudísimo combate. Orsíloco, no atreviéndose á atacar frente á frente á Rémulo, arroja un dardo á su caballo y se lo clava debajo de la oreja; al sentirse herido empínase furioso el troton y bracea impaciente enhiesto el pecho, miéntras el jinete cae derribado en tierra. Cátilo da muerte á Iolas y á Herminio, tan grande por su corpulencia como por su denuedo. Descubierta lleva éste la cabeza, en la que ondeaba roja cabellera, y desnudos los hombros, pues no le espantaban las heridas; la que le causa la lanza de Cátilo al atravesar de parte á parte sus anchas espaldas le dejó sin vida. Por todas partes corren raudales de negra sangre, todos los combatientes hacen en sus adversarios horrible estrago y buscan impávidos una honrosa muerte.

»En lo más recio de la pelea hallábase la amazona Camila, ceñida la aljaba, descubierto un pecho para la lidia, y ora disparaba un dardo tras otro, ora con infatigable diestra empuñaba reluciente hacha. Pendientes de su hombro resuenan el arco de oro y las armas de Diana, y si rechazada alguna vez tiene que retroceder, todavía en su retirada dispara mortíferas flechas. Avanza en torno suyo la flor de sus compañeras, la vírgen Lavinia, Tula y Tarpeya; ítalas todas y elegidas por la misma Camilia como fieles auxiliares, semejantes á las amazonas tracias que recorren las márgenes del Termodonte y guerrean con sus pintadas armas, ya en derredor de Hipólita, ya siguiendo á la belicosa Pentesilea, armadas de lunados broqueles. ¿Quién fué el primero ¡oh formidable virgen! cuál el último derribado por tus dardos? ¿Cuántos cuerpos moribundos postraste en el polvo? Fué el primero Euneo, hijo de Clicio, al cual, como se le pusiese delante, traspasó con su larga pica el descubierto pecho. Acomete en seguida á Liris y á Pagaso, los que, en el instante en que derribado el primero de su caballo y herido en el vientre se asía á las riendas y acudía en su auxilio el segundo tendiéndole amiga mano, ruedan juntos al suelo. Cae, á más de ellos, Amastro, hijo de Hippotas, y, aunque de lejos, persigue y amaga con su lanza á Tereas, á Harpalico, á Demofoonte y á Cromis. Cada dardo que dispara la vírgen cuesta la vida á un guerrero frigio.

»Peleaba á alguna distancia, montado en un caballo de Apulia, el cazador Ornito: cubría sus anchos hombros una piel de toro y defendian su cabeza las abiertas fauces de un lobo; blandea su diestra agreste venablo, y al revolverse en medio de la muchedumbre sobresalía su cabeza por encima de todos. Hacia él corre Camila, le alcanza, y al atravesarle de parte á parte de una lanzada le dice con acerba saña:

»—Pensabas acaso que era esto acosar á las alimañas en las selvas? Llegado es el dia en que las armas de una mujer domen tu arrogancia; no será, sin embargo, escasa gloria para tí poder decir á los manes de de tus mayores que has sucumbido á los golpes de Camila.

»Embistió al punto á Orsíloco y á Butes, los dos troyanos de mayor estatura; Butes á caballo hacíale frente cuando le clavó ella su lanza entre el yelmo y la loriga, en la parte por donde se descubre el cuello y de que pende la rodela sobre el brazo. Huyendo de Orsíloco, á favor de un gran rodeo cortóle de pronto el paso y á su vez persiguió al que ántes la persiguiera. Entónces, irguiéndose en su caballo, descargó su formidable segur sobre las armas y los huesos del guerrero; al fiero golpe rociáronle el rostro los calientes sesos. Sobrevino en esto, y quedó inmóvil de terror á la súbita aparicion de Camila, un guerrero, hijo de Auno, morador del Apenino; fecundo en dolos, así que vió no quedarle camino de eludir el combate con la fuga, ni de evitar á la amazona que se le venía ya encima, discurrió un ardid para engañarla y le dijo:

»—¿Qué lauro esperas, mujer, si pones tu confianza en ese brioso caballo? Renuncia á la fuga, y en tierra y de igual á igual ven á pelear conmigo de cerca; si lo haces, pronto verás la gloria que te reporta tu arrogancia.

»Furiosa Camila, confía el caballo á una de sus compañeras y se presenta á la lid á pié, desnuda la espada y defendida por su bruñida rodela, en tanto que el mancebo, al ver lograda su estratajema, volvía las riendas y echaba á huir á todo escape golpeando con los ferrados talones los ijares de su veloz caballo.

»—Pérfido Ligur, jactancioso y cobarde, gritóle la vírgen, en vano has recurrido á las mañas propias de tu nacion; no te valdrá tu ardid para volver ileso al lado de tu artero padre Auno.

Espasa y Comp.ª editores.

PSÍQUIS Y EL AMOR.

Grupo de Canova (*Museo del Louvre*)

»Y veloz como el rayo se adelanta al caballo en su carrera, le coge por el freno, y acometiendo de frente al jinete derrama su enemiga sangre.»

El tirreno Tarcon, inflamado por Júpiter en bélico furor, cruza á caballo por entre sus huestes que ya empezaban á cejar con tanta matanza, las alienta con fogosas palabras llamando á cada soldado por su nombre, y rehace las desbandadas filas.

«—¿Qué pavura, qué inercia se ha apoderado de vuestros pechos ¡oh Tirrenos! les dice, cuando así una mujer os dispersa y rompe vuestras haces? ¿Para qué esas espadas, qué valen esas inútiles armas en vuestras débiles manos? No sois tan flojos en las nocturnas lides de Vénus, ó cuando la corva flauta os excita á los goces de Baco.»

Y resuelto á morir lanza su caballo en medio de los escuadrones enemigos, arremete como un turbion á Vénulo, se abraza con él, le arranca de su corcel, y se lo lleva apretándole con fuerza contra su vigoroso pecho. Así vuela por el campo alzándose á su paso entre los Latinos furioso clamoreo; busca Tarcon los lados descubiertos por donde poder herir de muerte á su cogido adversario, miéntras que éste relucha y forcejea por librar su garganta de la mano que le oprime. Cual rojiza águila se remonta, dice el poeta, llevando clavada en sus garras apresada serpiente, la cual, herida, se retuerce y enrosca, eriza sus escamas y silba irguiendo la cabeza, sin que por esto deje de atarazarla el águila con el corvo pico miéntras bate el aire con sus alas, así el triunfante Tarcon se llevaba su presa, arrebatada á la hueste tiburtina. El ejemplo y la hazaña de su caudillo comunican nuevo ardor á los Meonios, y vuelan á la lid; entónces Arrunte, predestinado á próxima muerte, comienza á girar cautelosamente al rededor de la esforzada Camila, espiando ocasion propicia para alcanzar con astucia segura victoria. Adonde quiera que se dirige la fogosa vírgen, allí la sigue silencioso Arrunte; adonde quiera que torna vencedora dejando atras al disperso enemigo, allí vuelve el mancebo furtivamente las riendas de su veloz caballo, y por todas partes va rondando traidor en pos de ella blandiendo en su mano acerado venablo. Por dicha suya apareció á lo lejos Cloreo, consagrado á Cibeles y en otro tiempo su sacerdote, cubierto con esplendente armadura y jinete en espumante corcel, vistosamente enjaezado. De los hombros del vate cuelga dorado arco, y de oro es tambien su almete; recogidos lleva con áureo broche los crugientes pliegues de su amarilla clámide recamada, lo mismo que sus grebas, á la extranjera usanza. Disparando iba flechas cretenses con su ballesta lisia, cuando Camila, ya por el deseo de suspender en sus templos armas troyanas, ya por el de engalanarse en sus cacerías con aquellas galas, dióse á perseguirle, ardiendo en mujeril codicia de aquella presa y de aquellos despojos. El insidioso Arrunte mira entónces llegada la ocasion propicia, y al tiempo que blande su dardo alza á los dioses esta plegaria:

«—¡Oh el más poderoso de los númenes, Apolo, custodio del sagrado Soracte! tú en cuyo honor hacemos arder perpétuamente hogueras de hacinados pinos; tú, con cuyo favor podemos tus adoradores andar ilesos sobre ascuas, concédeme, padre omnipotente, que pueda borrar de nuestras armas el desdoro que las mancha. No codicio los despojos ni el trofeo de la vencida vírgen, ni tampoco otro botin; no han de faltarme proezas que ilustren mi nombre; con tal que mi dardo derribe á esa fiera amazona, resígnome á tornar sin gloria á las ciudades de mi patria.»

Parte de su voto fué cumplido; la otra, segun Virgilio, fué dispersada por las leves auras; concedió el dios á sus preces que postrase con súbita muerte á la desprevenida Camila, pero no que volviese á ver los patrios hogares.

Resonó por fin, cruzando los aires, el disparado dardo; los guerreros fijaron en la amazona inquieta mirada, y sólo ella dejó de advertir el silbo del dardo en el aire y no le vió llegar hasta que se le clavó debajo del cortado seno y se empapó en su virgínea sangre. Trémulas sus compañeras acuden á sostenerla en su desfallecimiento, al tiempo que el despavorido Arrunte huye, poseido á una de alegría y miedo, sin atreverse á arrostrar los golpes enemigos.

«Así como, ántes que le acosen los temidos venablos, va corriendo por extraviadas sendas á esconderse en las hondas breñas el lobo que ha dado muerte á un pastor ó á un gran novillo, y como quien conoce su atrevido delito, tembloroso, recogida la cola entre las piernas y pegada al vientre, huye á las selvas, no de otra suerte el conturbado Arrunte se sustrae á la vista de todos, y atento únicamente á la fuga fué á confundirse entre la muchedumbre de los suyos.

»Camila, moribunda, intenta arrancarse el dardo con la mano, pero la ferrada punta está profundamente clavada entre las costillas; doblégase su cuerpo con la pérdida de sangre; recorre sus miembros el frio de la muerte, y el color, ántes purpúreo, abandona su rostro. Próxima á esperar habla así á Acca, su fiel compañera:

»—Hasta aquí, Acca hermana, he tenido fuerzas; ahora me mata esta cruel herida y todo en torno de mí se cubre de densas tinieblas. Corre y lleva á Turno estas mis postreras palabras; díle que me reemplace en la lid y ahuyente de la ciudad á los Troyanos. ¡Adios!

»Esto diciendo, suelta las riendas é involuntariamente se desliza del caballo al suelo; poco á poco se desprende la vida de su helado cuerpo, dóblasele el flexible cuello, y se rinde su cabeza al peso de la muerte. Cáenle las armas de la mano, y exhalando un gemido huye indignado su espíritu á la region de las sombras.

»Álzase entónces inmenso clamor que va á herir los